MENSAJE DE LOS OBISPOS A TODAS NUESTRAS COMUNIDADES

Los Obispos del Uruguay saludamos fraternalmente a todos los fieles reunidos en nuestras comunidades eclesiales, deseándoles el gozo, la paz y la esperanza, que Dios Padre nos regala a través de Jesucristo y que el Espíritu Santo pone en nuestros corazones. Durante estos días de trabajo les tuvimos muy presentes. Hemos agradecido a Dios sus gozos y esperanzas y rogamos para que sus penas y sufrimientos no venzan ni dobleguen su fe en Cristo Jesús, muerto y resucitado.

Finalizamos el año jubilar

Este año 2000 ha sido un tiempo particularmente intenso para todos los uruguayos. Nuestro País ha experimentado cambios políticos significativos nacionales y departamentales; el mundo agropecuario está soportando una dolorosa situación; la crisis económica nos está afectando a todos, sobre todo, a los más desfavorecidos socialmente; muchos de nuestros jóvenes emigran buscando mejor fortuna; el campo se sigue despoblando y los cinturones de nuestras ciudades crecen sombríamente.

Pero, a pesar de estas adversidades, reconocemos signos claros y gestos fuertes de vitalidad. Entre otros: crece entre nosotros el deseo y la búsqueda serena de la paz, la solidaridad entre los sectores sociales para enfrentar juntos las crisis sociales, y la demanda de valores éticos que eduquen nuestra vida en la verdad, la justicia y la solidaridad. Son muchos los que buscan con tesón fortalecer nuestra frágil economía, y defender y acrecentar las fuentes de trabajo. Muchos uruguayos han apostado por la esperanza.

Nuestras comunidades han recorrido también estos mismos caminos de dolor y de esperanza. Somos testigos de ello. El Año Jubilar que el Papa Juan Pablo II nos invitó celebrar no fue para nosotros una evasión de estas situaciones sino un compromiso a encarnarnos más en ellas con un fuerte empeño de conversión, una invitación exigente a perdonar y a ser solidarios con los más necesitados. En todas nuestras Diócesis, hemos hecho nuestra peregrinación a la "puerta santa" que, abriéndola, nos ha comprometido a pasar de las tinieblas a la luz, del egoísmo al amor, del pecado a la reconciliación. Esa fue también la experiencia que vivimos quienes fuimos a celebrar el Jubileo a Roma, junto al Papa Juan Pablo II. Ciertamente hemos celebrado la Pascua, que es el camino de la muerte a la Vida.

En nuestra Carta Pastoral *Jesucristo Vida plena para el Uruguay* les invitábamos a recorrer este camino, tan semejante al que une a Jerusalén con Emaús, junto a Jesús, el compañero desconocido pero finalmente reconocido en la fracción del pan, en la Eucaristía. ¡Mucho se ha trabajado para hacer conscientemente, paso a paso, este camino! ¡Cuántos encuentros, cuánta reflexión, oración y celebraciones han jalonado nuestro IV Congreso Eucarístico Nacional! Podemos decir con la misma alegría de los discípulos de Emaús, que al final del trayecto, en Colonia del Sacramento, muchos, venidos desde todos los rincones del País, reconocimos al Señor Resucitado en la Fracción del Pan.

Allí sentimos fortalecida nuestra fe por el Sucesor de Pedro, a través de su Enviado personal. Muchos no pudieron estar con nosotros. Le pedimos al Señor que ellos sientan también la alegría de "los que creen sin haber visto".

Ante el tercer milenio

Estamos a punto de finalizar el Año Jubilar, pero el camino continúa. Todavía no se ve claro el horizonte de un Uruguay más feliz y próspero. En Colonia del Sacramento dijimos al Señor: "¡Quédate con nosotros, porque cae la tarde y se termina el día!". El ha accedido a nuestra invitación. La Eucaristía es la presencia viva del Señor muerto y resucitado, que camina siempre junto a nosotros, sobre todo cuando cae la tarde y anochece. En este Mensaje, les repetimos la persuasiva invitación que nos hizo el Papa, con ocasión del Congreso, a participar todos los domingos en la Misa. En ella, no solamente le reconoceremos sino que moriremos y resucitaremos con Él, saciaremos nuestro hambre y nuestra sed, recobraremos fuerza, nos reconoceremos unos a otros como hermanos, y, juntos, descubriremos un horizonte de plenitud de vida para nuestro País.

Desde la fuerza que nos da la comunión con el Cuerpo y Sangre del Señor, ineludiblemente acudiremos a socorrer los sufrimientos de los más pobres e indefensos. La Peregrinación que hicimos a Colonia del Sacramento ha de continuar en nuestra peregrinación a Cristo presente en los distintos rostros de la pobreza que hallamos en nuestra sociedad. Apoyamos a todos los que trabajan en tareas de promoción, especialmente a los laicos, llamados a intervenir en los diversos niveles sociales, políticos y económicos. Al mismo tiempo, les invitamos a renovar fervientemente su espíritu en la comunidad eucarística.

El Año Jubilar y el IV Congreso Eucarístico Nacional han sido para nosotros el final de un camino, pero, a su vez, son el inicio de un nuevo caminar. Al preparar, durante estos días de Asamblea, nuestras próximas *Orientaciones Pastorales*, nos hemos comprometido a *evangelizar con fuerza, como Iglesia servidora, la vida y la esperanza de los uruguayos*. Todos los que hemos reconocido al Resucitado en la Eucaristía debemos ser los testigos audaces que anuncian: "¡Es verdad! ¡El Señor resucitó!". Desde esa gozosa y exigente convicción, continuaremos construyendo el Reino de Jesús en nuestra tierra.

Saludamos afectuosamente a todos los fieles de nuestras comunidades, a los Presbíteros y Diáconos, a las Consagradas y Consagrados, y a todos aquellos que buscan con lealtad y fortaleza el bien, la paz y la prosperidad de nuestros País.

Nos hemos encontrado en estos días con la Virgen de los Treinta y Tres en su Santuario Nacional. A ella le pedimos que nos acompañe y ayude al cruzar el umbral del nuevo milenio. Desde Florida, junto a María, Estrella de la evangelización, reciban nuestra bendición.

LOS OBISPOS DEL URUGUAY

Florida, 14 de noviembre de 2000.